

Carlos Fuentes

El político del verbo

Porfirio Muñoz Ledo

Por razones tal vez geológicas la desaparición de Carlos Fuentes fue para muchos de nosotros particularmente íntima y traumática. Nuestra cercanía se va poblando de fosas y adioses, pero hay algunos que son emblemáticos. Carlos fue la estrella de una generación que se extingue y el testimonio irrecusable de una vocación colmada en la pasión de crear y de explicar la sustancia de su país en el mundo.

Murió en el frente de batalla. No dejó un minuto de trabajar, de inventar y de viajar. Falleció por su vitalidad. Se fue envidiablemente joven, elegante e intacto. Durante estos meses no ha habido medio de información en el planeta ausente en destacar el significado de su obra. Jefes de Estado y de gobierno, destacados políticos, líderes de opinión y ciudadanos de innumerables países se han esmerado en producir una frase capaz de compendiarlo. Todos confluyeron en la idea de un representante profundo de la cultura mexicana y de un testigo puntual de su tiempo.

Carlos fue arquitecto esencial de la fragmentada realidad del país. Mirada penetrante y cosmopolita que descubre, como en un fresco, la transición alucinante de un México revolucionario y campirano a otro que intenta ser contemporáneo. Rinde tributo anticipado a la naciente megalópolis y al recoger trozos vivos y contrastantes de nuestro pasado, anticipa, quizá sin saberlo, la decadencia nacional de nuestros días.

Apenas anoche escuché de nuevo el fragmento final de *La región más transparente* en la versión de Voz Viva de México. Oí a nuestro Carlos, prolijo y agudo, memorioso, obsesivo y elocuente, componentes que hacen de su obra una tensión permanente entre el lenguaje, la historia, las ideas y la identidad.

Amigo de los grandes de este mundo, jamás fue ajeno a sus raíces y siempre leal a sus amistades. Histrióni-

co, polémico, abundante y preciso, contribuyó de manera determinante a insertar en el debate universal el tema de la mexicanidad. En ese sentido, ha sido el último de los grandes maestros de México. Tal vez por ello, se nos fue el 15 de mayo.

Desde los orígenes de la nación hemos bregado en búsqueda de compatriotas universales. Que nos expresen, definan y defiendan en el mundo. Carlos probó que eso es posible e indispensable. Que el localismo puede quedar sepultado en la pequeñez y la mundanidad extraviada en el oropel. Fue asumido como un hermano mayor de América Latina, leído y reconocido en Europa y quizá el mexicano más escuchado durante décadas en los Estados Unidos. Invirtió su prestigio en causas nobles como el avance democrático, la justicia social o la pacificación de Centroamérica. Acompañó varias revoluciones con la pluma pero nunca como súbdito.

Es apenas creíble la variedad de agendas nacionales y externas que cumplía y de los proyectos literarios e intelectuales en los que estaba embarcado, como en su comienzo adolescente. De ese Carlos quiero hablar. De aquel joven apenas mayor que nosotros que aterrizó en la Facultad de Derecho, sobrado de lecturas y experiencias internacionales. Hijo de un diplomático de los tiempos heroicos, llevaba en el cuero y la camisa la representación de México en el exterior. El desafío cotidiano de ser el rostro y la encarnación de un país en cualquier lugar y circunstancia.

Lo revestía una forma de patriotismo diferente a la nuestra. Nosotros estábamos en la cotidianidad heredada mientras él buscaba el redescubrimiento. Era desde niño un mexicano en el mundo, afrentado como escolar por las reacciones de la opinión norteamericana en contra de la expropiación petrolera, dialogante pre-

coz con el embajador Alfonso Reyes o constructor natural de un espacio de identidad nacional en cuantos países habitó. Por ello la reflexión central de su vida es en mi criterio *El espejo enterrado*. Quienes somos, en donde estamos y hasta donde podríamos llegar. Lo he recomendado como la obra maestra de la difusión cultural de nuestro país.

Construimos la fraternidad del Medio Siglo, una “generación histórica” como pomposamente la definimos, articulados en torno a una revista estudiantil animada por el gran maestro Mario de la Cueva. Promovimos certámenes literarios, concursos de ensayo, veladas artísticas y fatigamos las calles y barrios de la ciudad en una bohemia existencial cuyo testimonio es *La región más transparente*, novela de mi generación que retrata las limitaciones, excesos y esperanzas de todos. “Dueños de la noche porque en ella soñamos y en el centro vacío mi corazón que delira”.

Estoy hablando de un núcleo central de jóvenes, cuyos nombres no debo omitir, además de Carlos y yo mismo, estaban Salvador Elizondo, Víctor Flores Olea,

Arturo González Cosío, Enrique González Pedrero, Marco Antonio Montes de Oca, Sergio Pitol, Rafael Ruiz Harrel, Jenaro Vázquez Colmenares, Javier Wimer y otros muchos que nos sucedieron. Todos con aficiones literarias y honda preocupación política. No en balde ha dicho Ricardo Lagos que Fuentes era el político del verbo.

He repetido en recordatorios y homenajes que la nuestra es una generación frustrada en su ambición de cambio histórico con independencia de los logros individuales, que en el caso de Carlos fueron de excelencia. Nuestro proyecto explícito era la transformación del régimen político y del sistema social por la democracia y el sustento de una soberanía ensanchada. Nuestra lucha se estrelló en la catástrofe neoliberal y la corrupción pública. Fue enterrada por otros contemporáneos.

Sin embargo, la obra de Fuentes nos comprende y nos trasciende. Es nuestra arca de Noé, en la que todos viajamos con destino incierto, pero enraizados en los valores y pulsiones de nuestra juventud. Carlos: Feliz cumpleaños. Ahí nos vemos.

© Sara Falcó

